

VALORACIÓN CRÍTICA DE LA OBRA DE DON J.F. RIVERA

RAMÓN GONZÁLEZ RUIZ

Numerario

Con el fallecimiento de don Juan Francisco Rivera se ha clausurado una vida dedicada al estudio de la ciencia histórica en Toledo. Nacido en 1910, y muerto en 1991, su trayectoria vital se inscribe en las décadas centrales de este siglo. Ha sido una vida entregada a la investigación y culminada en la plenitud de sus ochenta años.

El mismo ya es historia y como tal se puede enjuiciar su obra. Bien es verdad que tuvo la oportunidad de realizar una bibliografía personal que se publicó en el volumen conmemorativo que esta Academia le dedicó en 1981, cuando todavía se hallaba en posesión de una expresión verbal tan sencilla como ajustada. Pero ni todavía se había agotado su vitalidad ni su capacidad creadora. En esa mirada retrospectiva hizo que falten títulos de trabajos suyos que debieron pasársele por alto. Yo echo de menos, como mínimo, dos estudios, uno sobre el traductor Marcos de Toledo y otro publicado en el Anuario de Estudios Medievales pocos años antes. En esa fecha aún estaban por ser publicados algunas colaboraciones que le habían encargado, como su extensa contribución a la historia de la Iglesia en España de la BAC, a la cual él mismo hace alusión como de inminente publicación. Pero, sobre todo, aún no había concebido una de sus obras que considero más logradas: la vida de San Ildefonso, personaje que le atraía y al que tendría oportunidad de dedicar poco después una buena monografía.

La simple lista de las publicaciones de don Juan Francisco dice poco por sí misma a las personas que no hayan leído la obra completa. Como en la vida de todo escritor, hay obras ocasionales, surgidas por compromisos de un congreso o de una invitación a una colaboración; hay obras con un objetivo divulgador y preferentemente literario, las hay de investigación pura y, entre éstas, unas son de más valor que otras. Finalmente hay obras de juventud y obras de plenitud.

Es natural que todo autor sienta predilección por algunas de sus criaturas y me consta que don Juan Francisco la sentía por su San Juan hasta el fin de su vida. Sin embargo, no es ésta la obra por la que pasará a la posteridad.

De su autobiografía se desprende también de alguna forma el concepto que él tenía de cada una de ellas, con cuyo juicio valorativo podemos ahora estar o no de acuerdo.

Yo creo que lo que queda de una persona como don Juan Francisco desde un punto de vista histórico son aquellas obras que suponen un avance para la ciencia, es decir, aquellas en las que puso más originalidad personal, sea por el valor de su contenido o por el de su elaboración literaria. Del juicio global que nos merezca su obra quedará para nosotros en forma natural el perfil completo del hombre.

Aquí estamos ya tocando uno de los problemas capitales que se nos presentan al enjuiciar su obra: el de su clasificación. También es cierto que él mismo se encargó de dejarnos un esbozo de ella, pero lo hizo desde un extremado sentido de la modestia. Así resultan, según él mismo, cuatro tipos de obras o bloques: 1) la Iglesia de Toledo y las instituciones conexas, 2) los arzobispos de Toledo, 3) temas litúrgicos, 4) miscelánea. No voy a corregir la plana del maestro, pero sí debo decir que es una clasificación cómoda y no valorativa, que hubiera chocado con su humilde concepto personal.

Además ésta es el problema de la reiterada incidencia en unos temas determinados, lo que muestra las preferencias y las aficiones personales. Y aún debemos añadir algo más: no siempre para la posteridad una obra tiene el mismo valor y utilidad que la que le merece su autor. Se puede dar el caso de que un trabajo incluso no muy bien elaborado metodológicamente demuestre tener un excepcional valor documental para las generaciones posteriores.

Desde mi visión de conjunto de los escritos históricos de don Juan Francisco Rivera, yo me atrevería a distinguir entre obras mayores y menores. Dejando a un lado estas últimas, me voy a centrar en aquellas que entiendo que son las que han supuesto un avance en el conocimiento del pasado, bien entendido que cuando hago esta distinción no me fijo en el mayor o menor volumen de lo escrito, sino en su valor.

Su obra fundamental es *"La Iglesia de Toledo en el siglo XII"*, dos vols. I (Roma 1966) y II (Roma-Toledo 1974). Curiosamente entre ambos tomos hay que situar el accidente vascular que le restó capacidad física, aunque no mental, mermándole buena parte de su

actividad motora escritoria. En ella pondera con acertados criterios los datos que se derivan del examen atento de la documentación del Archivo Capitular que va desde 1086 hasta 1208. Ante todo habría que destacar el acierto en esa delicada operación histórica que se llama periodización. Es el siglo XII toledano, pero su ámbito es rebasado por ambos extremos, porque esos casi 125 años constituyen una unidad historiográfica, vista desde su óptica interna y externa, eclesiástica y civil. Las aportaciones que en ella se contienen relativas al desarrollo de las parroquias urbanas de Toledo, a la cuestión de la primacía, a la formación del patrimonio eclesiástico de la Catedral de Santa María, a la organización del Cabildo, a la creación de la provincia eclesiástica de Toledo, al clero diocesano y religioso, a las Órdenes Militares y el originalísimo capítulo de la religiosidad popular son difícilmente superables hoy por hoy. Creo que así lo ha comprendido la crítica, porque sin duda se trata de su obra más conocida y más citada, siempre elogiosamente. Responde a una concepción muy comprensiva de toda la realidad histórica, que responde a la capacidad de una persona que está preparada para un desafío de amplio aliento.

Creo que a ésta le sigue en valor, en mi modesta opinión, otra obra en dos volúmenes, enormemente alejada de la temática medieval, tan alejada que es una monografía de historia contemporánea. Me refiero a *La persecución religiosa en la diócesis de Toledo* I (Toledo 1945) II (Toledo 1958). El autor confiesa que se apoya "en una documentación muy deficiente". Si él mismo lo confiesa, no lo debemos poner en duda. No obstante, cuando ya han pasado tantos años y cuando han desaparecido la mayor parte de los testigos de vista y, más aún, cuando la propia documentación recopilada para la obra ha sido, al parecer, destruida, el libro contiene unos datos de un enorme valor testimonial para reconstruir la persecución religiosa de la guerra civil en la diócesis de Toledo. En un tema de tanta transcendencia como los aspectos religiosos de la guerra civil española, ha habido una gran incuria. Movidos por la urgencia de recabar testimonios acerca de los hechos relativos a la muerte martirial de muchos sacerdotes toledanos, cuando se ha querido recurrir a los testimonios vivos, ha sido ya con frecuencia demasiado tarde, por lo que nos queda, como una piedra miliaria, esta obra de don Juan Francisco. Dada a la estampa con características tipográficas un tanto románticas, su valor reside, aparte de sus bondades intrínsecas, en su carácter de testimonio casi único para la diócesis de Toledo.

En la misma línea de temas de nuestro tiempo se pueden situar otros trabajos menores, sobre todo, por el valor documental que encierran. Me refiero a dos estudios: "Despojo marxista de la Catedral de Toledo" (Toledo 1943) y "La cuestión religiosa en las Cortes constituyentes de 1931", publicado en el Boletín de esta Real Academia.

He aquí, a fin de entender, las dos grandes líneas de don Juan Francisco como historiador: medievalista de prestigio; historiador de su propio tiempo.

Un segundo aspecto que desearía destacar es don Juan Francisco Rivera como hagiógrafo. Es esta una especialización dentro de la historia eclesiástica, de tanta complejidad que el grupo de los bolandistas que se dedican a estas tareas lleva estudiando los temas relacionados con el calendario de los santos desde el siglo XVII y aún no han concluido. El hagiógrafo de escasas luces, aunque de buenas intenciones, es un espécimen conocido desde siempre, desde los apócrifos del Nuevo Testamento, desde los autores de los legendarios altomedievales -todos ellos falsificadores inocentes de las pasiones de los santos- hasta los falsarios del tipo del P. Román de la Higuera en el siglo XVII y los escritores piadosos modernos de vidas de santos. En las vidas de los santos no se pueden alterar ni introducir elementos perturbadores, ni siquiera con fines de edificación.

En este campo don Juan Francisco Rivera ha desarrollado una notabilísima tarea de depuración y recolocación de los santos toledanos, especialmente de los grandes arzobispos aureolados con la tradición de la santidad. Comenzó con su obra juvenil "San Julián arzobispo de Toledo. Época y personalidad (siglo VII)" (Barcelona 1944), obra más bien de divulgación. Le han seguido después sus tres monografías sobre San Eugenio: *San Eugenio de Toledo y su culto* (Toledo 1963), *Los textos hagiográficos más antiguos sobre San Eugenio de Toledo* (Toledo 1963) y "Auténtica personalidad de San Eugenio de Toledo", *Anthologica Annua* XII (1964) 11-84.

En su biobibliografía lamenta haber dedicado poco tiempo a la atrayente figura de San Ildefonso. Afortunadamente tuvo oportunidad de dedicarle un precioso libro, que no figura en la lista de sus obras elaborada por él, porque fue escrito en 1983, para responder a un concurso público, dotado por el Sr. Cardenal arzobispo de Toledo y que obtuvo el primer premio. Fue publicado en coedición por la BAC y el Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo en 1985.

Esta biografía ildefonsiana, construida sólidamente sobre bases eruditas de rigor científico constituye, en mi opinión, el último y uno de los más logrados frutos del investigador toledano, cuya memoria necrológica celebramos hoy, pues desde los tiempos del arcipreste de Talavera nadie había dedicado un estudio serio y profundo al gran arzobispo toledano del siglo VII.

No debe dejarse de mencionar en la obra del Dr. Rivera su contribución al estudio de Elipando y el adopcionismo. Otro gran arzobispo de Toledo ya bajo dominación musulmana, que ilustra el profundo conocimiento que el autor tenía de la problemática del mundo mozárabe. Después de varias publicaciones al comienzo de su vida académica, revisó sus obras anteriores, refundiendo y enriqueciendo lo que había sido el comienzo de su carrera de historiador: *Historia y doctrina del adopcionismo español del siglo VIII* (Toledo 1980) publicado también por el Estudio Teológico.

Para concluir, es preciso mencionar una obra inconclusa y de desigual valor: *Los arzobispos de Toledo*, en dos tomitos, que serán, Dios mediante, completados con otro inédito, para constituir el Episcopologio toledano, libro de imprescindible consulta para quienes necesiten tener referencias cronológicas seguras sobre los arzobispos de Toledo.

De todo lo dicho anteriormente se deduce que el Dr. Rivera poseyó una rica personalidad, que consumió sus talentos en la investigación de la historia eclesiástica toledana y que sus centros de interés estuvieron enfocados hacia los problemas históricos medievales y contemporáneos, hacia la hagiografía y el mozarabismo y la creación de un instrumento de consulta. Muchas horas, sin duda, de dedicación a una oscura tarea. Una tarea que ha merecido la entrega de toda una vida.